
ACTO II.

Salón en la casa del Duque de Friedlandia.

ESCENA PRIMERA.

CRIADOS colocan sillas y extienden alfombras. Aparecen al mismo tiempo el astrólogo SENI, de negro, como un doctor italiano, y vestido algo extrañamente. En medio del salón, y teniendo en la mano una varita blanca, señala con ella á diversos puntos del cielo.

UN CRIADO (Dando vueltas con un sahumador.)— ¡Tomadlo! Acabad pronto. El centinela llama á las armas. No tardarán en llegar.

OTRO CRIADO.— ¡Por qué, pues, se ha abandonado el aposento rojo con balcón, que es tan claro?

EL PRIMER CRIADO.— Pregúntalo al matemático. Dice que es aposento de mal agüero.

EL SEGUNDO CRIADO.— ¡Majaderías! Esto es burlarse de la gente. Una sala no es más que una sala. ¿Qué misterio ha de haber en un lugar cualquiera?

SENI. (Con gravedad.)— Hijo mío, nada es insignificante en el mundo. Lo primero y lo principal, en todos los negocios del orbe terrestre, es el lugar y la hora.

EL TERCER CRIADO.— Déjalo, Nathaniel. Nuestro mismo amo hace cuanto él quiere.

SENI. (Contando las sillas.)— ¡Once! ¡Número funesto! Po-

ned doce sillas. Doce signos tiene el Zodiaco, cinco y siete. Doce está compuesto de números sagrados.

SEGUNDO CRIADO.—¿Qué tenéis que censurar al once? Quisiera saberlo.

SENI.—Once son los pecados. Diez son los mandamientos.

SEGUNDO CRIADO.—¿Cómo? Y ¿por qué llamáis sagrado al número cinco?

SENI.—Cinco componen el alma humana. Como el alma humana es una mezcla de bueno y de malo, así el número cinco está formado del par y del impar.

PRIMER CRIADO.—¿Qué locura!

SEGUNDO CRIADO.—¿Vamos, déjalo! Óigolo con placer, porque sus palabras inducen á pensar en varias cosas.

TERCER CRIADO.—¿Fuera! ¡Ya llegan! Por aquí, por esta puerta de escape. (Vanse apresuradamente; Seni los sigue con calma.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN.—LA DUQUESA.

WALLENSTEIN.—Decidme ahora, Duquesa: ¿habéis estado en Viena, y habéis visto á la Reina de Hungría?

LA DUQUESA.—Y á la Emperatriz también. Se nos dispensó la honra de besar la mano á ambas majestades.

WALLENSTEIN.—¿Cómo piensan de la venida al campamento, en esta estación de invierno, de mi esposa y de mi hija?

LA DUQUESA.—Obedeciendo vuestras instrucciones, indiqué que teníais ciertos proyectos acerca de nuestra hija, y que deseabais presentarla á su futuro esposo antes de comenzar la campaña.

WALLENSTEIN.—Y ¿se presume quién pueda ser la persona, en quien ha recaído mi elección?

LA DUQUESA.—Tan solo se deseaba que no fuera ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Vuestra voluntad, según sabéis, ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN. (Después de un momento de silencio.)—Veamos ahora. Y ¿cómo os recibieron en la corte? (La Duquesa baja los ojos y se calla.) No me ocultéis nada... ¿Como os recibieron?

LA DUQUESA.—¡Oh, esposo mío!... No fué en todo como antes... Ha ocurrido una mudanza considerable.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿No os atendieron como la vez pasada?

LA DUQUESA.—No faltaron á las atenciones debidas. La acogida, que me hicieron, fué digna y llena de respeto... Pero, en vez de una familiaridad amistosa y confiada, sólo me mostraron una etiqueta formalista. ¡Ay de mí! Y hasta en la tierna afabilidad que se manifestaba, se descubría más lástima que favor. ¡No! La Princesa, esposa del Duque Alberto, la noble hija del Conde Harrach no... ¡no debía haber sido recibida de este modo!

WALLENSTEIN.—¿Se vitupera acaso mi reciente comportamiento?

LA DUQUESA.—¡Ojalá hubiera sido así!... Acostumbrada estoy largo tiempo hace á disculparos, á responder con dulzura, á apaciguar los ánimos irritados... No; nadie os censura... Parece que envuelve á todos un silencio tan abrumador como solemne. ¡Ay de mí! No se trata ahora de ninguna mala inteligencia ordinaria, de ninguna susceptibilidad pasajera... Algo, por desgracia irreparable, ha sucedido... La Reina de Hungría solía llamarme antes su amada prima, y abrazarme al despedirse.

WALLENSTEIN. — ¿Y ahora no?

LA DUQUESA. (Enjugando sus lágrimas después de una pausa.) — Me abrazó sólo al despedirme; y cuando me dirigía hacia la puerta, se acercó á mí como si se acordara por casualidad de hacerlo, y me oprimió contra su pecho, movida más bien de tristeza que de cariño.

WALLENSTEIN. (Cogiéndole la mano.) — ¡Cobrad ánimo!... ¿Y Eggenber, y Lechtenstein, y los demás amigos?

LA DUQUESA. (Sacudiendo la cabeza.) — A ninguno vi.

WALLENSTEIN. — ¿Y el Embajador, el Conde español, que antes hablaba tanto en mi favor?

LA DUQUESA. — Su lengua ha enmudecido por completo.

WALLENSTEIN. — Puesto que el sol no nos alumbrá, ha de brillar en adelante nuestro propio fuego.

LA DUQUESA. — ¿Y será cierto, por ventura; será cierto, querido Duque, que de lo mismo de que se habla en voz baja en la corte, se habla aquí á gritos?... lo que el Padre Lamormain indicó...

WALLENSTEIN. (Con precipitación.) — ¿Lamormain? ¿Qué dice?

LA DUQUESA. — Se dice que habéis abusado de los plenos poderes que os confirieron, y que no habéis hecho caso alguno de importantísimas órdenes imperiales. Los españoles, el orgulloso Duque de Baviera están furiosos... Os amenaza una tempestad, mucho más terrible que aquella otra que descargó sobre vos en Ratisbona. Se habla, dice... ¡ay de mí!... no me atrevo á...

WALLENSTEIN. — ¡Veamos!

LA DUQUESA. — De una segunda... (Se detiene.)

WALLENSTEIN. — Segunda...

LA DUQUESA. — Y más vergonzosa caída.

WALLENSTEIN. — ¿Eso se dice? (Paseándose agitado.) ¡Oh! Me obligan, me arrastran violentamente contra mi voluntad.

LA DUQUESA. (En ademán suplicante.) — ¡Oh! si es tiempo todavía, oh esposo mío; si es posible evitarla con sumisión y condescendencia... ceded... rechazad las sugerencias de vuestro orgulloso corazón, porque se trata de vuestro señor y Emperador. ¡Oh! No toleréis que la infame calumnia manche vuestros leales propósitos con sus alusiones envenenadas y odiosas. Con la fuerza victoriosa de la verdad confundid á los mentirosos y calumniadores. Pocos son nuestros amigos verdaderos, ¡bien lo sabéis! Nuestra rápida elevación ha concitado contra nosotros el odio de los hombres... ¿Qué somos si la gracia del Emperador nos abandona?

ESCENA III.

LOS MISMOS. — LA CONDESA DE TERZKY, que trae á LA PRINCESA de la mano.

LA CONDESA. — ¿Cómo, hermana? ¿Ya tratando de negocios y, según observo, no gratos, antes de alegrarse con su hija? Los primeros instantes corresponden al placer. He aquí tu hija, Duque de Friedlandia. (Tecla se acerca á él vacilante, é intenta inclinarse sobre su mano, pero él la recibe en los brazos, y permanece algún tiempo contemplándola.)

WALLENSTEIN. — ¡Sí! Risueñas son ahora mis esperanzas. Ella es ahora para mí prenda de mayor ventura.

LA DUQUESA. — Tierna niña era todavía cuando os separasteis de ella para organizar el grande ejército del Emperador. Después, cuando regresasteis de la campaña de Pomerania, estaba ya en el convento, en donde ha vivido hasta ahora.

WALLENSTEIN. — Mientras nosotros cuidábamos en los

campos de batalla de aumentar su grandeza, y de adquirir para ella la más alta dicha de la tierra, la próspera naturaleza ha trabajado en su favor en los tranquilos claustros del convento; y liberal con sus dones, la ha dotado de bienes celestiales, prodigándole la belleza para prepararla á un destino brillante y realizar mis deseos.

LA DUQUESA. (A la Princesa.)—¿No habrías conocido á tu padre, hija mía? Apenas contabas ocho años cuando lo viste la última vez.

TECLA.—Sin embargo, mamá, según me parece en este instante, mi padre no ha envejecido... Su imagen, tal como yo la veía, está ahora presente á mis ojos sin la más leve alteración.

WALLENSTEIN. (A la Duquesa.) — ¡Linda niña! ¡Qué delicada y qué sensata en sus observaciones! ¡Mirad! Me encolerizaba contra mi suerte, por haberme rehusado un hijo, heredero de mi fortuna y de mi dicha, que, en orgullosa descendencia de príncipes, prolongase mi existencia, ¡ay de mí! demasiado breve. Pero yo era injusto con ella. Aquí, en estas sienas puras y juveniles quiero yo depositar mis bélicos laureles, y no los tendré por perdidos si los trueco algún día en regia diadema, para ceñir con sus lazos tan bella frente. (Estréchala entre sus brazos cuando entra Piccolomini.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — MAXIMILIANO PICCOLOMINI. — Poco después EL CONDE TERZKY.

LA CONDESA. — Aquí viene el paladín que nos protegió.

WALLENSTEIN. — Te doy la bienvenida, Maximiliano. Siempre has sido tú para mí mensajero de alguna nueva plá-

cida; y, como lucero de buen agüero de la aurora, siempre me traes el sol de la vida.

MAXIMILIANO.—Mi General...

WALLENSTEIN.—Hasta ahora ha sido el Emperador quien te ha recompensado por mi mano; hoy es tu deudor un padre feliz, y el Duque de Friedlandia ha de pagar esta deuda.

MAXIMILIANO.—Mi Príncipe, os habéis apresurado á pagarla. Vengo lleno de vergüenza y aun de dolor, porque apenas acabo de llegar y entregaros á la madre y á su hija, cuando me enviáis de vuestra rica caballeriza un tren soberbio de caza para premiar mis servicios. Pero ¿se trata sólo de un trabajo, de un cargo obligatorio para mí? No; de un favor que acepté sin vacilar, y que agradezco con todo mi corazón... ¡No; nadie podría pensar que la comisión, que se me confiaba, sería mi más completa ventura! (Entra Terzky y entrega al Duque unas cartas, que éste abre con precipitación.)

LA CONDESA. (A Maximiliano.) — ¿Paga él vuestro trabajo? Os hace participe de su alegría. Bien está que penséis con tanta delicadeza; pero mi cuñado, por su parte, ha de mostrarse siempre magnánimo y como corresponde á su rango.

TECLA.—Yo hubiera debido también dudar de su amor, porque sus manos bondadosas me han adornado antes que me hablara su corazón paternal.

MAXIMILIANO. — Sí; su destino es dar siempre y hacer á todos felices. (Cogiendo la mano de la Duquesa, y con creciente entusiasmo.) ¿Qué no le debo yo?... ¿Cómo expresar tampoco lo que es y significa para mí este caro nombre de Friedlandia? Cautivo he de ser suyo, mientras viva... porque con él ha de madurar para mí todo bien y toda esperanza... El destino, como en mágica prisión, ha encadenado á este nombre mi suerte.

LA CONDESA. (Que ha observado al Duque, mientras tanto, y visto la impresión que le han hecho las cartas.) — Mi hermano quiere estar solo. Vámonos.

WALLENSTEIN. (Que se vuelve con prontitud, se repone y habla tranquilo á la Duquesa.) ¡Seáis de nuevo la bien venida á este campamento, oh Princesa! Sois la huésped de esta corte... Tú, Maximiliano, desempeña también ahora tu antiguo cargo, mientras yo ejerzo los de mi mando. (Maximiliano no Piccolomini ofrece el brazo á la Duquesa, y la Condesa se lleva á la Princesa.)

TERZKY. (Hablando á Maximiliano.)—No dejéis de asistir á la junta.

ESCENA V.

WALLENSTEIN. TERZKY.

WALLENSTEIN. (Profundamente absorbido en sus pensamientos.) —Lo ha visto bien... Así es, y concuerda admirablemente con las demás noticias... Han tomado, pues, en Viena su última resolución, la de nombrarme un sucesor. Y es Fernando, el rey de Hungría, el hijo joven del Emperador, su salvador ahora, el nuevo astro que se levanta. Creen haber hecho ya bastante en mi favor, y hay quien nos herede como á un muerto. ¡No hay tiempo, pues, que perder! (Al volverse ve á Terzky, á quien da una carta.) El Conde Altringer se disculpa, y Gallas también... y esto no me agrada.

TERZKY.—Y mientras tú sigues vacilando, se van uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los pasos del Tirol, y he de enviarle uno, para que no deje salir á los españoles de

Milán.. Ahora bien, Sesina, el antiguo confidente de nuestros asuntos, ha reaparecido de nuevo. ¿Qué nueva nos trae del Conde Thurn?

TERZKY.—El Conde te participa que ha visitado en Halberstadt al Canciller sueco, puesto que se había fijado esa ciudad para la entrevista; pero dice que está cansado, y que no quiere tratar contigo más.

WALLENSTEIN.—¿Cómo así?

TERZKY.—Que no eres formal en tus tratos; que intentas burlarte de los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y despacharlos al fin con una cantidad despreciable.

WALLENSTEIN.—¡Diantre! ¿Creerá acaso que hé de robar para él algún rico territorio alemán, y que nosotros, al fin, siendo los señores, no hemos de permanecer en nuestros propios dominios? ¡Fuera, fuera! No necesitamos tales vecinos.

TERZKY.—Y si se les concediera ese pedazo de tierra, ¿perderías quizá lo tuyo! ¿Qué te importa cuando, pague quien pague, tú ganas siempre en el juego?

WALLENSTEIN.—¡Fuera, fuera con ellos!... Tú no entiendes esto. No ha de decirse de mí que yo he desgarrado la Alemania, y vendidola al extranjero para conservar lo mio. El imperio ha de honrarme como á su protector; y mostrándome magnánimo como un príncipe, quiero tomar asiento dignamente entre los príncipes del Imperio. No se ha de creer que por mi causa eche raíces en este territorio ningún poder extranjero, y menos que otros esos godos, raza hambrienta, que contempla con ojos rapaces nuestra bienaventurada tierra alemana. Han de ayudarme en mis planes, y sin embargo, nada obtendrán por su parte.

TERZKY.—¿Pero intentas conducirte honrosamente con los sajones? Pierden ya la paciencia, porque siempre caminas por sendas torcidas... ¿Qué significan todos estos disfraces? ¡Habla!... Los amigos vacilan, y no saben qué

pensar de tus... Ni Oxenstiern, ni Arnheim, ni ninguno sabe cómo explicarse tus dilaciones. Al fin, yo paso por un farsante, porque todo se pone en mi conocimiento. Ni siquiera tengo cuatro letras de tu mano.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que á nadie entrego escrito alguno mio.

TERZKY.—Y ¿en qué se conoce tu formalidad, si las palabras no están de acuerdo con los hechos? Di tú mismo, desde que negocias con el enemigo, y haya sido cualquiera el resultado, se desprende otra consecuencia de tu conducta que la de haberte burlado de ellos.

WALLENSTEIN. (Después de una pausa, y mirándolo con insistencia.)—Y ¿de dónde sabes que yo no me haya propuesto otro fin que mofarme de ellos? ¿que no haya querido burlarme de todos vosotros? ¿Tan bien me conoces acaso? No tengo noticia de haberte revelado nunca cuál fuese mi pensamiento... El Emperador, es verdad, no me ha tratado bien... Si yo quisiera, podría hacerle mucho daño. Me alegra la idea de mi poder; y si deseara apelar á él, creo que ni tú ni ningún otro adivinará cuál sea mi propósito.

TERZKY.—¿De modo que no has hecho hasta ahora otra cosa que jugar con todos nosotros?

ESCENA VI.

Los MISMOS, é ILLO.

WALLENSTEIN.—¿Cómo va eso? ¿Están ya preparados?

ILLO.—Los encontrarás dispuestos á complacerte. Conocen las pretensiones del Emperador y la ira los ahoga.

WALLENSTEIN.—¿Qué me dices de Isolani?

ILLO.—Tuyo es en cuerpo y alma, desde que te hiciste cargo de sus deudas.

WALLENSTEIN.—¿Y Colalto? ¿Tienes confianza en Deodati y Tiefenbach?

ILLO.—Lo que Piccolomini haga, harán ellos también.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú, pues, que puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Nunca me abandonarán.

TERZKY.—Quisiera yo, sin embargo, que no te fiasas mucho de ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—Enséñame tú á conocer los míos. Diez y seis veces he estado con el más viejo en campaña... y... además, he hecho sacar su horóscopo... Hemos nacido bajo el mismo signo... y en fin... (Misteriosamente.) su suerte está unida á la mía. Si tú puedes decirme lo mismo de los otros...

ILLO.—Todos están unánimes en que no cedas el mando. Según he oído, han acordado enviarte una comisión.

WALLENSTEIN.—Si yo he de obligarme con ellos, es menester que ellos se obliguen conmigo.

ILLO.—Es natural.

WALLENSTEIN.—¿Me prometerán, bajo juramento y por escrito, obedecerme en todo sin condiciones?

ILLO.—¿Por qué no?

TERZKY.—¿Sin condiciones? El servicio del Emperador, los deberes para con la patria se sobrepondrán siempre á todo.

WALLENSTEIN. (Sacudiendo la cabeza.) Ha de ser sin restricciones. Ha de ser sin reserva alguna.

ILLO.—Una idea se me ocurre... ¿No nos da un banquete esta noche el Conde Terzky?

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO. (A Wallenstein.)—Dime, ¿me das tus plenos poderes? Yo haré que los generales se obliguen como tú deseas.

WALLENSTEIN.—Que se obliguen por escrito. El cómo queda á tu elección.

ILLO.—¿Y si te traigo, autorizado con su firma, el pacto de todos los jefes de seguirte ciegamente?... ¿Querrás al fin entonces decidirte, y asegurar la fortuna con resolución?

WALLENSTEIN.—Tráeme su promesa escrita.

ILLO.—¡Reflexiona en lo que haces! Tú no puedes acceder al deseo del Emperador... ni consentir que esos regimientos se junten con los españoles... único medio de que el poder se escape para siempre de tus manos. Tampoco puedes burlarte del Emperador y de sus órdenes formales, ni buscar evasivas y temporizaciones, rompiendo abiertamente con la corte. ¡Decidete, pues! ¿Quieres anticiparte osado á los sucesos? ¿Quieres, vacilando, exponerte al mayor riesgo?

WALLENSTEIN.—No es tan fácil apelar al último extremo.

ILLO.—¡Oh! Aprovechate de la ocasión antes que se escape. El instante crítico y decisivo de la vida pocas veces se presenta. Cuando es preciso tomar una determinación, muchas circunstancias favorables se reúnen... y los hilos de la dicha se muestran después aislados y dispersos, así como las ocasiones, que sólo se conciertan en un punto imperceptible de la vida, formando rarísimo núcleo. Mira cuán perentorio y solemne es el momento presente... Los generales del ejército, los más distinguidos, junto á tí, su real Generalísimo, esperan una señal tuya... ¡Oh! ¡No consentas que se separen unos de otros! ¡Nunca jamás, en todo el curso de la guerra, los tendrás tan unánimes! Las más fuertes oleadas son las que arrastran desde la orilla al pesado bajel... y el ánimo acrece en particular á cada uno cuando la corriente de la muchedumbre se lo lleva. Tuyo son ahora, tuyos son aún. La guerra los dispersará pronto en las más opuestas direcciones. El espíritu, que anima á

la generalidad, se desvanece al soplo de las preocupaciones y de los intereses privados. Quien hoy, impulsado por irresistible fuerza, se olvida de sí mismo, al verse solitario, será más prudente, sentirá mejor su impotencia, y pronto volverá á la calle ancha y trillada del deber común, para buscar á su abrigo su salvación.

WALLENSTEIN.—Todavía no ha sonado la hora.

TERZKY.—Así dices siempre. ¿Cuándo llegará esa hora?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡Oh! Mientras esperas la hora de las estrellas, pasa la de la tierra. Créeme, en tu pecho giran los astros de tu dicha. Fíate de tí mismo; la resolución es tu astro benéfico. El maléfico, el único que te perjudica, es la duda.

WALLENSTEIN.—Tú hablas á tu manera. ¡Cuántas veces no te lo he dicho!—A la hora de tu nacimiento, Júpiter, el planeta lleno de luz, estaba en su ocaso, y no te es dado penetrar ciertos misterios. Sólo á la tierra puedes tú mirar ciego, sólo su oscuridad, sólo lo subterráneo, y así son los colores y la apariencia pálida de la vida que columbras. Tú puedes ver lo terrestre y lo más común, y enlazar entre sí las cosas próximas con más ó menos discreción; y, en cuanto se refiere á ellas, te creo, y me inspiras confianza. Pero lo más importante, lo misterioso, se mueve y se desarrolla en lo más profundo de la naturaleza. La serie de los espíritus, que desde el polvo de este mundo ascienden en mil formas hasta los astros, esa serie en torno de la cual giran subiendo y bajando los poderes celestiales, derramando su influencia... los círculos encerrados en los círculos, que dan vueltas más ó menos cerca del sol central... sólo los ven los ojos, sólo los ven los claros ojos de los hijos de Júpiter, de los tranquilos hijos de la luz. (Después de pasearse por la escena, se detiene y prosigue.) Los astros del cielo no dan sólo nacimiento al día y á la

noche, á la primavera y al estío... ni indican sólo al labrador la época de la siembra y de la recolección. También los actos humanos son una semilla de los sucesos, esparcida en el terreno oscuro de lo porvenir, entregada, llena de esperanzas, al poder del azar. Necesario es, por tanto, conocer cuándo llega el período de la sementera, y la hora crítica señalada por los astros, inquirirla en los signos del Zodiaco, para que el enemigo de su prosperidad y desarrollo no se oculte en sus rincones. Dejádme, pues, el tiempo. Vosotros haced lo que os corresponde. Aun no puedo decir ahora lo que intento; pero no cederé. No; yo no. Tampoco llegarán hasta el extremo de depónerme... Tened, por tanto, confianza...

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—Los señores generales.

WALLENSTEIN.—Que entren.

TERZKY.—¿Quieres que todos pasen?

WALLENSTEIN.—No es indispensable. Los dos Piccolomini, Maradas, Butler, Forgatsch, Deodato, Caraffa é Isolani pueden entrar. (Sale Terzky con el ayuda de cámara.)

WALLENSTEIN. (A Illo.)—¿Has hecho espíar á Quenstenberg? ¿No ha hablado con ninguno en secreto?

ILLO.—Lo he observado sin descanso. No ha hablado más que con Octavio.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales que entran. A una señal de Wallenstein, Questenberg toma asiento enfrente de él, y los otros después, según su categoría. Por un instante reina profundo silencio.

WALLENSTEIN.—A la verdad, he oído ya el objeto de vuestra misión, oh Questenberg, y he meditado acerca de ella. Mi resolución está tomada, y no pienso mudarla. Conviene, sin embargo, que los generales escuchen de vuestros labios cuál es la voluntad del Emperador. Dignaos, por consiguiente, exponerla ante estos nobles jefes.

QUESTENBERG.—Pronto estoy; pero os suplico que tengáis en cuenta que no es mi osadía la que habla, sino el poder soberano y la dignidad imperial.

WALLENSTEIN.—Suprimid el exordio.

QUESTENBERG.—Cuando S. M. el Emperador nombró generalísimo de su valeroso ejército al Duque de Friedlandia, coronado de gloria y peritísimo en el arte de la guerra, lo hizo en la deseada seguridad de que la fortuna de las armas se trocara rápida y favorablemente. Todo ocurrió al principio conforme á sus deseos, porque Bohemia se vió libre de sajones, sin miedo ya á las victorias de los suecos... y estos países respiraron con holgura, cuando el Duque obligó á las tropas enemigas, dispersas en toda la Alemania, á reunirse en un solo punto, y al Ringrave, Bernardo Barner, Oxenstiern y hasta al mismo Rey, nunca vencido, á decidir la contienda en la terrible y sangrienta batalla de Nuremberg.